



LA VISIÓN DEL JUEZ DE COLMAR

ANTES de que prestara juramento de fidelidad al emperador Guillermo, nadie había en el mundo más feliz que el Sr. Dollinger, juez de Colmar, cuando llegaba á la Audiencia con su birrete inclinado hasta la oreja, su grueso vientre y sus tres barbillas descansando sobre su corbata blanca.

—¡Ah! ¡Qué sueño voy á echar! parecía decir sentándose.

Y daba gusto ver cómo alargaba sus piernas muy gorditas y cómo se hundía en su gran sillón, al que debía ciertamente tener aún el mismo buen humor y la tez fresca, después de llevar nada menos que treinta años de magistratura *sentada*.

¡Desgraciado Dollinger!

¡Ese mullido sillón de cuero fué la causa de su perdición!

Se hallaba tan á gusto en él, que prefirió hacerse prusiano antes que dejar aquel sitio...

El emperador Guillermo le dijo:

—Quedáos *sentado*, Sr. Dollinger.

Y lo hizo así.

Y hoy día está de consejero en el tribunal de Colmar, haciendo justicia en nombre de S. M. berlinesa.

A su alrededor nada ha cambiado; es siempre la misma sala monótona,

con sus bancos relucientes, sus desnudas paredes, el sordo ruido producido por las conversaciones de los abogados, la media luz que entra por las ventanas con cortinas de sarga, y el gran Cristo, lleno de polvo, que inclina la cabeza y extiende los brazos.

Al pasar á Prusia el tribunal de Colmar, no ha variado, pues la verdad es que tiene siempre un busto de Emperador en el fondo del pretorio...

Pero, á pesar de todo esto, Dollinger está completamente desorientado.

Por bien que se sienta en su cómodo sillón, no consigue echar en él los tranquilos sueños de antes; y cuando por casualidad le sucede que se duerme durante algún juicio, se despierta sobresaltado por espantosas pesadillas...

Sueña que se encuentra en la cima de una alta montaña, así como el Honneck ó el globo de Alsacia... ¿Qué hace allí, solo, con la toga, sentado en su gran sillón, en esa inmensa altura, en la que no se ve más que algunos árboles achaparrados y torbellinos de mosquitos?... Dollinger no lo sabe y espera estremecido, bañado en un sudor frío y molestado por angustias crueles. Un gran sol encarnado sale por el otro

lado del Rhin, detrás de los árboles de la Selva Negra, y á medida que sube hacia el zenit, en los valles de Thann, de Munster, de uno á otro confin de la Alsacia, oye un ruido confuso de pasos y de coches que crece, se acerca, y entonces el corazón de Dollinger late con violencia.

Bien pronto, por el camino abierto en los flancos de la montaña, el juez de Colmar ve venir hacia él una fúnebre é interminable comitiva; es la población alsaciana entera, que se ha citado en aquel paso de los Vosgos para emigrar solemnemente.

A la vanguardia ve subir, uncidas por cuatro bueyes, largas carretas, esos vehículos que se encuentran cargados de haces de espigas en tiempo de la siega y que se van ahora llenos de muebles, de ropas y de instrumentos de labranza. En ellos se ven camas, altos armarios, cortinas de indiana, arcas, ruercas, sillitas para dormir los niños, los antiguos sillones de los antepasados, viejas reliquias amontonadas, sacadas de sus rincones, y que van desparramando por los caminos el santo polvo de los hogares.

Ajuares enteros conducen aquellas carretas; así es que los bueyes tiran de ellas con mucho trabajo, como si el suelo se pegara á las ruedas, ó como si esas partículas de tierra secas, adheridas á los rastrillos, á los arados ó á los azadones, hicieran la carga aún más pesada.

Detrás va un tropel de gente que marcha en silencio, formado por todas las clases y todas las edades, desde los ancianos que usan todavía el tricornio y andan temblando, apoyándose en sus bastones, hasta los pequeños, rubitos, de pelo rizado, vestidos con un solo tirante y un pantaloncito de lana; desde la abuela paralítica á quien gallardos mancebos llevan en hombros, hasta los niños de pecho que sus madres aprietan contra su corazón; todos, los sanos como los enfermos, los que serán soldados en el año venidero y los que han hecho la terrible campaña, coraceros con una pierna de menos y que andan con muletas, artilleros pálidos y extenuados, teniendo aún en sus uni-

formes destrozados las señales del moho de las casamatas de Spandau; todos desfilan con patrio orgullo por el camino, en cuya orilla está sentado el juez de Colmar, y al pasar por delante de él, todas las caras se vuelven hacia el lado opuesto con una expresión de cólera y de desprecio...

¡Oh desgraciado Dollinger! Quisiera ocultarse, huir, pero le es imposible. Su sillón está incrustado en la montaña, y él en el sillón. Entonces comprende que se halla en una picota, y que ésta ha sido colocada tan alta, para que su vergüenza se viese de más lejos...

Y el desfile continúa, pueblo tras pueblo; los de la frontera suiza llevan grandes rebaños; los de Saar arrastran sus duras herramientas en vagones de cargar minerales. Después de éstos, siguen los habitantes de las ciudades, los operarios de las fábricas, curtidores, tejedores y estampadores; luego los burgueses, los sacerdotes, los magistrados, así de toga negra como de toga encarnada...

Aquí está el antiguo, el verdadero tribunal de Colmar, con su anciano presidente á la cabeza; y Dollinger lo sabe, lo ve y procura ocultar su cara, pero sus manos se paralizan; quiere cerrar los ojos y no puede mover los párpados. Es preciso que vea y que sea visto, que no pase inadvertida ni una de las miradas de desprecio que sus antiguos colegas le dirigen al pasar por delante de él...

¡Este juez en la picota, es cosa terrible! Pero lo que es aún más terrible, es que toda su familia forma parte del desfile, y que ninguno de ellos parece conocerle. Su mujer, sus hijos, pasan á su vez por delante de él con la cabeza baja; parece que también ellos tienen vergüenza; y hasta su Miguelito, que tanto quiere, se va para siempre y sin mirarle siquiera... Sólo su antiguo presidente se detuvo un minuto para decirle en voz baja:

—Venid con nosotros, Dollinger. No os quedéis aquí, amigo mío...

Pero Dollinger no puede levantarse. Se agita, llama, y la comitiva desfila durante horas enteras, y cuando á la

caída de la tarde se ha alejado ya, todos aquellos hermosos valles, llenos de campanarios y de fábricas, quedan silenciosos y tristes.

La Alsacia en masa ha emigrado; sólo queda el juez de Colmar en lo alto de la montaña, cual si estuviese clavado en la picota, *sentado*, y con su carácter de inamovible...

¡Horripilante sueño!

De repente la escena cambia.

Ve cipreses, cruces negras, filas de sepulturas y mucha gente vestida de luto. Es el cementerio de Colmar en un día de gran entierro.

Todas las campanas de la ciudad doblan á muerto, porque el consejero Dollinger ha fallecido.

Lo que el honor no pudo alcanzar, la muerte lo consiguió.

Separó de su sillón al magistrado inamovible, y tendió para siempre, cuando largo era, al hombre que se empeñaba en estar *sentado*...

Sóñar que uno se ha muerto y llorarse á sí mismo, es una sensación horrible. Con el corazón hecho pedazos, Dollinger asiste á su propio entierro, y lo que le desespera más que la muerte, es que en ese gentío inmenso que le rodea no ve ni á un amigo, ni á un pariente. Nadie que sea de Colmar; nada más que prusianos. Prusianos los soldados que forman la escolta, prusianos los magistrados que presiden el duelo; los discursos que se pronuncian delante de la tumba también son prusianos, y hasta la tierra

con que le cubren y que encuentra tan fría, es también prusiana...

¡Qué desesperación para un espíritu formado al fuego del amor patrio!

Y el sueño continúa.

De pronto, los concurrentes se apartan con respeto; un magnífico coracero con uniforme blanco se acerca, ocultando debajo de su capa algo que parece una corona de siemprevivas, y todos dicen en voz baja:

¡Bismark!... ¡Bismark!...

Y el juez de Colmar piensa con tristeza:

—Mucho me honráis señor, mas si yo tuviera aquí á mi Miguelito...

Una inmensa carcajada le impide acabar de formular su pensamiento; una carcajada loca, escandalosa, salvaje, inextinguible.

—¿Qué será? se pregunta el juez asustado. Se incorpora y mira... Es el asiento, el asiento de su sillón, lo que el conde de Bismark acaba de colocar religiosamente sobre su tumba, con esta inscripción grabada en letras doradas:

«AQUÍ YACE EL JUEZ DOLLINGER
HONRA DE LA MAGISTRATURA SENTADA.»

Desde un extremo á otro del cementerio, todo el mundo se ríe, y esa alegría prusiana retumba hasta el fondo de la sepultura, en donde el muerto llora de vergüenza, hundido para siempre bajo el peso de una eterna ignominia.





EL NIÑO ESPÍA Y TRAIADOR

SE llamaba Stenne; el pequeño Stenne.

Era hijo de París, delgado y pálido; podía tener diez años, ó tal vez quince, pues á esos pilluelos no se les puede calcular á punto fijo la edad que tienen.

Era huérfano de madre, y su padre, antiguo soldado de marina, era guarda de uno de los jardines del barrio del Temple. Las ayas, las niñeras, las ancianas que suelen llevar consigo al paseo una silla de tijera para descansar en donde mejor les acomoda, y todos aquellos, en fin, que entraban en aquel jardincito rodeado de aceras para evitar el barullo de los coches, conocían al tío Stenne y le querían mucho.

Sabían que debajo de aquel tieso bigote, espanto de los perros y de los granujas, se ocultaba una sonrisa franca y casi maternal, cuando se le preguntaba:

—Y el niño, ¿cómo está?...

¡Le quería tanto!

El buen hombre era tan feliz cuando por la tarde, al salir de la escuela, el niño se reunía con él y daban juntos la vuelta por el jardín, pa-

rándose delante de todos los bancos á saludar á los que acostumbraban á sentarse allí, para tomar el fresco en el verano y el sol en el invierno...

En la época del sitio, desgraciadamente todo cambió. El jardín del tío Stenne se cerró, y pusieron en él barricas de petróleo.

El pobre hombre, condenado á una constante vigilancia, pasaba su vida entre los arbustos y las plantas completamente descuidadas, solo, sin atreverse siquiera á fumar, y no veía á su hijo hasta la noche, muy tarde por cierto, en su casa. Así es que su bigote daba hasta miedo, cuando hablaba de los prusianos...

El niño no se quejaba mucho de su nueva vida.

Ya no había escuela, sino vacaciones perpetuas, que pasaba en la calle. Acompañaba los batallones del barrio que iban á los baluartes, escogiendo con preferencia á los que tenían buena música, y el pequeño Stenne era muy ducho en aquella materia, pues decía con mucha formalidad, que la del 96 no valía gran cosa, mientras que la del 55 era sober-

bia. Otras veces miraba á los móviles haciendo el ejercicio.

Con su cestita en el brazo, se mezclaba á esas largas filas de gentes que se formaban en la oscuridad de las madrugadas sin gas, en las puertas enrejadas de las carnicerías ó de las tahonas, y allí, con los pies en el fango, encontraba siempre algún nuevo amigo.

Pero lo más divertido eran las partidas de chito, ese famoso juego que los móviles bretones habían puesto en moda durante el sitio.

Cuando el pequeño Stenne no se hallaba ni en los baluartes, ni en la puerta de las tahonas, se le encontraba con seguridad en la plaza del Chateau-d'Eau. No jugaba, no; era menester mucho dinero para ello; pero miraba á los jugadores con tales ojos...

Uno de éstos, sobre todo, alto y con chaqueta azul, excitaba su admiración, porque su puesta era siempre una moneda de cinco pesetas, y cuando corría sonaba el dinero en sus bolsillos.

Un día, cogiendo una de aquellas monedas que rodó hasta los pies del niño, el jugador le dijo en voz baja:

—¡Cómo la miras, pequeño! ¿Te gusta?... Pues bien, si quieres, te diré en dónde se encuentran otras iguales.

Concluida la partida, se lo llevó á una esquina de la plaza y le propuso que fuera con él á vender periódicos á los prusianos; ganarían treinta pesetas por viaje.

El niño rehusó con indignación y se quedó tres días sin volver á ver á los jugadores; pero fueron tres días terribles; ya no comía ni dormía, y por las noches soñaba que veía grandes montones de chitos y de doradas monedas, que relucían como soles cuando las tiraban.

La tentación era demasiado fuerte, y al cuarto día volvió al Chateau-d'Eau, vió al muchacho, y se dejó seducir...

No obstante la nieve, se pusieron en camino con un saco de tela al hombro y los periódicos ocultos debajo de las blusas.

Apenas era de día cuando llegaron á la puerta de Flandes.

El grande cogió á Stenne de la mano,

y acercándose al centinela, le dijo con acento lastimero:

—Hacednos el favor de dejarnos pasar, mi buen señor; nuestra madre está enferma, papá ha muerto, y mi hermanito y yo vamos á coger algunas patatas por el campo.

El granuja lloraba, y Stenne, lleno de vergüenza, bajaba la cabeza. El centinela los miró un instante, echó después una ojeada por el camino desierto, y...

—Pasad pronto, les dijo apartándose.

Ya en la carretera de Aubervilliers, el grande se reía á carcajadas por el éxito que había obtenido con su mentira.

Confusamente y como en sueños, el pequeño Stenne veía fábricas transformadas en cuarteles, barricadas desiertas, guarnecidas con trapos mojados, largas chimeneas sin humo y medio derribadas, y de trecho en trecho un centinela; oficiales con capuchones, que miraban á lo lejos con unos anteojos, y tiendecitas de campaña, caladas por la nieve derretida, delante de hogueras que se estaban apagando.

El grande conocía el camino y andaban á través de los campos para evitar los puestos de soldados. Sin embargo, llegaron, sin poderlo evitar, á un sitio en el que se hallaba una fuerte guardia de franco-tiradores, que estaban allí envueltos en sus capotes y metidos en una zanja en la orilla del camino de hierro de Soissons.

Esta vez, por más que el grande suplicó y volvió á contar su historia, no los dejaron pasar. Entonces, mientras se lamentaba, un anciano sargento con el pelo blanco, muy arrugado y que se parecía al tío Stenne, salió de la casa del guarda-barrera y les dijo:

—Vamos, chiquillos, no lloréis; ya os dejarán ir á buscar vuestras patatas; pero antes, entrad á calentaros un momento, pues este niño parece que está helado.

¡Ay! No era el frío el que hacía tiritar al pequeño Stenne: era el miedo, era la vergüenza...

En el puesto vieron á algunos soldados acurrucados al lado de un pobre fuego, calentando trozos de galleta en la

punta de sus bayonetas. Se apretaron para hacer sitio á los muchachos, se les dió aguardiente y café, y mientras lo tomaban, un oficial apareció en el umbral de la puerta, y llamando al sargento, le habló en voz baja y se fué corriendo.

—¡Muchachos! exclamó el sargento radiante de alegría, esta noche tenemos función... Se ha sorprendido el santo y seña de los prusianos... y creo que esta vez los echaremos de Bourget.

Hubo una explosión de bravos y de risas.

Los soldados bailaban, cantaban, limpiaban las bayonetas, y aprovechando aquella expansión de alegría, los chiquillos desaparecieron.

Pasada la trinchera, no quedaba sino la llanura, y allá á lo lejos, una larga pared blanca llena de troneras. Se dirigieron hacia allí, deteniéndose á cada paso para simular que cogían patatas.

—Volvámonos... no vayamos... decía el pequeño Stenne.

El otro se encogía de hombros y avanzaba siempre. De repente oyeron el ruido que hace un fusil al ser amartillado.

—Échate boca abajo, dijo el grande, haciéndolo á su vez. Y después de estar en tierra, silbó. Otro silbido respondió al suyo. Avanzaron entonces arrastrándose... Delante del muro aparecieron dos bigotes amarillos debajo de un gorro mugriento. El grande saltó por la trinchera al lado del prusiano.

—Es mi hermano, dijo señalando á su compañero.

Stenne era tan pequeño, que al verle el prusiano se echó á reír y le cogió en sus brazos para subirlo á la trinchera.

Del otro lado de la pared había grandes terraplenes, árboles tirados al suelo, hoyos negros en medio de la nieve, y en cada uno de éstos, un soldadote, que se reía viendo pasar á los muchachos.

En una esquina se veía una casa de jardinero, cuyo piso bajo estaba lleno de soldados jugando á las cartas, mientras cocían su sopa en un gran fuego, que olía bien á coles y á tocino. ¡Qué diferencia con el vivaque de los

franco-tiradores, que no tenían sopa y apenas lumbre para calentarse!

En el piso alto se oía á los oficiales tocar el piano y destapar botellas de vino Champagne.

Cuando ambos muchachos entraron, un hurra de alegría les acogió. Entregaron los periódicos, luego les dieron de beber y les hicieron hablar.

Todos aquellos oficiales parecían orgullosos y malos, pero el grande los divertía con sus chistes.

Bien hubiera querido hablar también el pequeño Stenne para probar que no era tonto; tenía gran deseo de hacerlo, pero una cosa le detenía. Enfrente de él se hallaba sentado un prusiano de más edad y más serio que los demás; leía ó aparentaba leer, pues sus ojos no se apartaban del niño.

La mirada de aquel hombre expresaba á la vez ternura y reproche, como si tuviera en su país un hijo de la misma edad que Stenne y se dijera á sí mismo:

—Preferiría morir antes que ver á mi hijo obrar de ese modo...

Desde aquel momento el pequeño sintió como si una mano le oprimiera el corazón, impidiéndole latir.

Para librarse de aquella angustia, Stenne se puso á beber, y bien pronto hubo de notar que todo empezaba á dar vueltas á su alrededor. Oía como en sueños á su compañero burlarse de los nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, é imitaba sus movimientos cuando hacían centinela en las fortificaciones. Después bajó bastante la voz, los oficiales se aproximaron más y las caras se pusieron graves; el miserable les advertía que serían atacados aquella noche por los franco-tiradores...

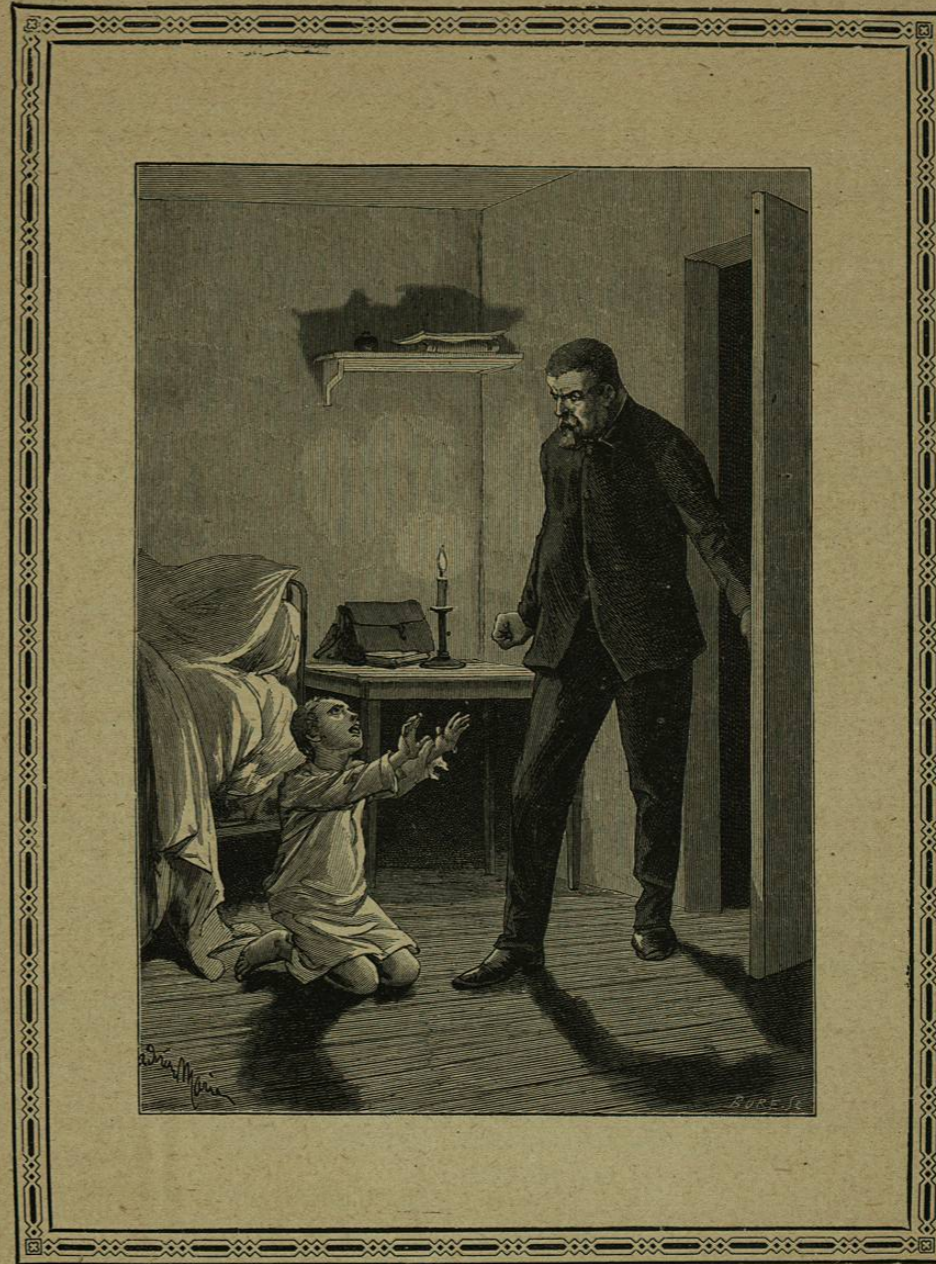
El pequeño Stenne, al oír esto, se levantó furioso y se sintió desembriado:

—¡Cállate, dijo; eso no... no quiero!

Pero el otro se echó á reír y continuó.

Antes de que acabara de hablar, todos los oficiales estaban de pie, y uno de ellos, señalando la puerta á los muchachos:

—Marchaos, les dijo.



—¿Qué te pasa?

Y se pusieron á hablar entre sí, muy aprisa y en alemán.

El grande salió muy ufano, haciendo sonar el dinero; precio de su traición. Stenne le siguió con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del prusiano, cuya mirada se había fijado en él, oyó una voz triste que decía: «¡Tan pequeño y traidor!...»

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando llegaron á la llanura, los muchachos echaron á correr; su saco estaba lleno de patatas que les habían dado los prusianos, y con eso pasaron sin tropiezo por la trinchera de los franco-tiradores, en donde se preparaban para el ataque de la noche.

Batallones enteros llegaban en silencio y se colocaban detrás de los muros.

El anciano sargento estaba allí, colocando á sus hombres, con una cara llena de alegría.

Cuando los muchachos pasaron, los conoció y les sonrió...

¡Oh! Qué daño hizo aquella sonrisa al pequeño Stenne, que estuvo á punto de gritar:

—¡No vayáis allí... os hemos hecho traición!

Pero el otro le había dicho:

—Si hablas, nos fusilarán.

Y el miedo le detuvo.

En la Courneuve entraron en una casa abandonada para repartirse el dinero.

La verdad obliga á decir que el reparto se hizo con equidad, y que al oír el sonido de aquellos hermosos escudos, y pensando en las partidas de chito que tenía en perspectiva, el pequeño Stenne no encontraba su crimen tan horrible.

Pero cuando estuvo solo; cuando después de entrar en París el grande le dejó, el desgraciado niño sintió que la mano que le había apretado el corazón cuando estaba en presencia de los prusianos, se lo apretaba más que nunca, y que sus bolsillos eran muy pesados. Se le figuraba que la gente que pasaba á su lado le miraba con severidad, como si supieran de dónde venía. Oía la palabra «espía» en el ruido de las ruedas y hasta en el sonido de los

tambores que se ejercitaban en las orillas del canal.

Llegó, por fin, á su casa, y muy contento, sabiendo que su padre no había venido aún, subió apresuradamente y ocultó entre las almohadas el dinero que tanto le pesaba.

Hacia mucho tiempo que el tío Stenne no había estado tan alegre como aquella noche. Se acababan de tener noticias de provincias: los asuntos iban mejor. Comiendo el antiguo soldado, miraba su fusil colgado de la pared, y decía sonriendo al niño:

—¡Eh, muchacho! Si fueras mayor, ¡qué bien te batirías contra los prusianos!

Hacia las ocho se oyeron cañonazos.

—Es en Aubervilliers. Se batían en Bourget, dijo el buen hombre, que conocía todos los fuertes. El niño se puso pálido, y pretextando un gran cansancio, se acostó, pero no durmió.

Los cañonazos se oían siempre, y creía ver á los franco-tiradores llegar de noche para sorprender á los prusianos y caer ellos mismos en una emboscada. Recordaba al viejo sargento que le había sonreído, y le veía tendido allá, encima de la nieve, y á muchos otros con él.

El precio de toda la sangre hermana que se estaba derramando lo tenía escondido debajo de la almohada, y era él, el hijo del buen Stenne, de un soldado, el que lo trajo y lo tenía oculto... Las lágrimas le ahogaban y en la pieza inmediata oía andar á su padre y abrir la ventana.

En la calle tocaban á generala y un batallón de móviles se reunía para marchar.

Decididamente era una verdadera batalla. El desgraciado niño no pudo ya contener sus sollozos.

—¿Qué te pasa? preguntó el tío Stenne entrando.

El niño saltó del lecho y se arrodilló á los pies de su padre; pero al movimiento que hizo, el dinero rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? ¿Has robado? dijo temblando el anciano.

Entonces, sin tomar apenas aliento, el pequeño contó lo que había hecho, y á medida que lo iba refiriendo, sentía que su corazón se ensanchaba; la con-